

¿Te atreverías a...?

- Aún lo recuerdo como si fuera ayer...

- Ingrid, ¡fue ayer! – dijo Támara.

-¿Quieres dejarme a mí contar la historia? Los rayos de sol entraban por los agujeros de la persiana, y daban vida a aquel sábado que sería inolvidable. Era el cumpleaños de mi amiga Rebeca y todavía no le había comprado el regalo. Fui al Híper Cien con mi madre y le compré un joyero, unos pendientes de caracoles y un reloj muy chulo con forma de corazón. Después de comer la tarta, Rebeca abrió todos los regalos. El mío le gustó mucho, lo sé porque se lo puso todo.

-Se lo puso porque le dijiste: “¿te gusta? Anda mira si te hacen juego los caracoles con la camiseta ¿Por qué no te los pones?”. Y por no hacerte el feo se lo puso.

- vamos a ver, Támara, ¿te quieres callar? Como iba diciendo... Después de abrir los regalos nos salimos al parque a jugar. Justo en la manzana de detrás hay una casa encantada.

-Bueno, encantada no es precisamente la palabra – replicó Támara.

- Está encantada y punto. Pues... estábamos jugando a “te atreverías a...” y a mí me tocó entrar allí. Tuve que recorrer toda la casa en busca de una foto del dueño, pues en eso consistía la prueba. Según la leyenda que circula sobre esa mansión, el dueño debe de vagar por ella, pues hace dos siglos que desapareció y aún no se ha encontrado su cadáver. Todos pensaban que me echaría atrás, pero yo soy muy valiente.

- Ji, ji, ji – se escuchaba la risita burlona de Támara.

- ¿Y tú de qué te estás riendo? ¿Acaso estabas allí para saber lo que pasó? ¿No, verdad? ¡Pues te callas! La puerta estaba entreabierta, solo pasaba luz por las rendijas de la casa, así que abrí las ventanas para poderme guiar. Todo estaba cubierto de polvo y telarañas. Entré en una habitación y un fantasma apareció de la nada y se me abalanzó.

- ¿Seguro que era un fantasma? ¿No sería una simple sábana?

- No, no y, otra vez, ¡no! ¡Era un fantasma! Te lo digo yo, que estaba allí. Salí corriendo de aquella habitación y subí por unas escaleras que llevaban a la planta de arriba. Vi la foto encima de la mesa del despacho, así que la agarré y casi sin mirarla, salí pitando.

-¿Aún tienes esa foto?- preguntó Támara con los ojos desorbitados.

-Sí.

Ingrid miró la foto detenidamente, y con ojos de asombro miró a su amiga. Sacudiendo la cabeza volvió a mirar la foto. Por su cara pasaron todos los colores del arco iris, hasta acabar en el blanco. En aquella foto aparecía un hombre vestido con traje de la época, una pipa y un bastón, pero no fue eso lo que la espantó. En la foto también se veía en un espejo, el reflejo de un rostro familiar. Ingrid se volvió hacia Támara a la vez que ésta le preguntaba:

-¿A qué salgo guapa?

Rosa María Campillo Carrión

1º PREMIO DE PRIMER CICLO DE LA ESO, MODALIDAD NARRATIVA